



Universidad Pontificia  
de Salamanca

### **Gratulatoria del Excmo. Rector Magnífico, Prof. D. Santiago García-Jalón de la Lama**

Su Eminencia Reverendísima: es obligado que mis primeras palabras estén dedicadas a expresar la gratitud de la Universidad por haber aceptado incorporaros al claustro de nuestros doctores. Con ello ennoblecéis nuestro colegio –*honoratus qui virtutem honórat*– y lo hacéis más rico, más fecundo, más universal.

Felizmente, esta solemne sesión académica ha encontrado lugar mientras abril se cierne en medio de la Pascua, la Pascua florida, y hasta la delgadez del aire es un presentimiento del *bonus odor Christi*, un incierto trasunto de fragancia a trigo y nardo, a mirra y áloe. Felizmente, porque esta evocación que abril concita acuerda bien con las razones que han motivado este acto.

La Universidad confiere hoy el grado de doctor *honoris causa* a quien durante décadas ha pastoreado con prudencia al pueblo cristiano; a quien acudió a reparar el desarraigo y las humillaciones que padecen quienes se ven forzados a abandonar su patria; a quien quiso reconfortar a la Iglesia, desconcertada por la conducta de algunos de sus miembros; a quien salió al encuentro de aquéllos cuya inocencia había sido profanada por quienes más debieran haberla custodiado.

Reconociendo tal cúmulo de méritos, más allá de mostrar su admiración, la Universidad quiere proclamarse solidaria de la profunda verdad que testimonian. Quiere reafirmarse en la convicción de que cada ser humano alberga la imagen de Cristo, es una representación viva del Redentor, y que este título, inalienable e inmarcesible, constituye la suprema credencial de su dignidad. Es ésta una excelencia que no pueden desvanecer las huellas de la fatiga, ni el umbrío quebranto de la pena, ni las laceraciones que el desprecio causa, ni siquiera la constancia de las propias mezquindades. Esta persuasión fundamenta la irrefutable confianza en que los seres humanos, tan frágiles, tan vulnerables, somos siempre dignos de veneración.

En esta encrucijada se encuentran los caminos que transitan quien ha dedicado su vida a la actividad pastoral y quienes la consagramos al estudio. La Universidad, que asume la tarea de indagar tenazmente la verdad y en aras de ese fin incrementa y diversifica sus empeños, no puede olvidar nunca que todos sus quehaceres versan sobre la humanidad, que todos se ordenan a comprender lo humano y a velar por ello. Privado de esta apelación y de esta guía, nuestro trabajo se convertiría en una logomaquia, en un alarde dialéctico o en una competición por la rentabilidad. Y, al contrario: permaneciendo fiel a su origen y su destino, la tarea universitaria coopera a sosegar las inquietudes de las mujeres y los hombres de su época, a dar respuesta a sus interrogantes, a bosquejar la avenida que conduce al futuro.

Pero no cabe engañarse: la realidad de la vida, la sollicitación de las diarias horas, la misma nube lejana, los sueños, el corto vuelo inspirado del juvenil corazón que él ama, todo conspira contra la perduración sin descanso de la llama imposible. Lo que Aleixandre dice acerca del reino del amor, que todo amante conviene en declarar hermoso y triste, se aviene a la tensión de mantener constantemente en el trabajo académico la rememoración de lo humano.

Por eso, la vida en la Academia tiene algo de ascesis, de lucha por imponer en la propia vida, sobre la confusa algarabía de impulsos y emociones, la voz amable y serena de quien con mansedumbre persevera en contemplar la verdad y esgrime como única arma un puñado de pájaros contra la gran costumbre. Esta ascesis impregna la silenciosa senda del estudio y la investigación, la convivencia entre académicos, el diálogo entre disciplinas, la docencia, la indispensable contribución de quienes gestionan la administración y los servicios.

Eminencia, distinguidos invitados, insignes miembros de la corporación universitaria, asistentes todos a este acto: hoy es para la Universidad una jornada alegre y festiva. Quienes la celebramos pasaremos, como han pasado *qui ante nos in mundo fúere* y pasarán quienes nos sucedan. Pero el dorado brillo que alumbraba este día, la razón que nos ha congregado, perdurará hasta que llegue el momento en que su claridad lo inunde todo y, desvelado el inefable semblante de Cristo, nos permita contemplarlo para siempre sin cansancio ni descanso. Muchas gracias.

Salamanca, 19 de abril de 2024